

La historia personal de un senegalés que sueña con volver a su país tras ocho años (y ocho hijos) como ilegal

Mamadou no sabe lo que es la paga de Navidad

ROBERTO GIMÉNEZ

No llevo el termómetro a la playa, pero en el sol frisaba los 50°. Nada extraño en este agosto africano. Para los rostros pálidos es aconsejable no salir del agua, salvo que sea para zambullirse directamente bajo una sombrilla y sólo salir de ella para volver al agua. Y en esas llega Mamadou sudando tinta de color carbón, y cargando su mochila de mercader al detall de todos los días con sus polos y camisas de imitación de las marcas de La Roca Village *todo a veinte euros*, inclusive la última equipación del Barça, diseño polo verano anaranjado. Al llegar junto a mi grupo de amigos de veraneo se deja caer reventado para que la arena aligere su carga.

—*Hola*, nos dice con su sonrisa de siempre, pero hoy se le ve intranquilo. Mira más allá por si ve moros en la costa. Sus moros son una pareja de uniformados azules con gorras de plato (Mossos) o con visera (PL).

Este año la Policía Local de Calafell (Costa Daurada) ha recibido instrucciones severas del actual alcalde convergente: los comerciantes no venden, están que trinan y no sólo culpan a la crisis de sus males, sino a todos los Mamadou que se buscan la vida en la playa y en el *top manta* del paseo marítimo.

EL VERANO ESTÁ SIENDO DURO PARA TODOS pero especialmente para él y sus colegas de *todo a veinte euros*. Los mayoristas chinos que les servían las piezas de la temporada han cambiado la operativa. Hasta ahora a sus vendedores de confianza se les dejaba la carga, la vendían y luego pasaban cuentas. Mamadou después de ocho años dedicado a este negocio ya era un hombre de confianza, pero esa confianza se ha devaluado. En lo que llevamos de verano la policía le han requisado el material hasta cuatro veces cuenta. Así que las normas del negocio han cambiado. Él tiene que pagar a toca teja y por adelantado la mercancía y con tanto requisito se

ha quedado más tieso que la mojama. A final de mes no podrá enviar la transferencia que la mujer y los ocho hijos esperan en su casa del Senegal. La familia vive de esta pensión. El mayor tiene 28 años, el pequeño 14. Malviven, trabajando a temporadas con la esperanza puesta en una carta de su padre que les invite al reagrupamiento familiar. No saben que esa carta nunca llegará. Tampoco hay opción B. Mamadou les ha quitado de la cabeza la idea que los mayores tenían: hacer como su padre. Esto no es el paraíso, y para estar en el infierno con uno en la familia basta.

MAMADOU LLEGÓ A ESPAÑA HACE OCHO AÑOS (2004)

en una patera vía Canarias. Un viaje de aventura de final incierto repetido por la mayoría de sus compatriotas. Salvo Keita y Diarra, héroes nacionales a elegir. En aquella época el trámite habitual era avión a la península: y a buscarse la vida que en la construcción el trabajo sobraba... Ir a Canarias era más seguro que la travesía del Sahara, la ruta alternativa.

Habla francés e inglés, y ahora también español, además del wolof, su idioma nativo. Llegó con la intención de estar un año en nuestro país, e irse a Francia, la antigua metrópoli. Es un hombre inteligente y con estudios. En su país era técnico contable de una empresa que cerró, y por eso decidió dejar la familia y su gente, y probar fortuna en Europa a un *saltito* del estrecho mar que nos separa en el mapamundi. Nunca pensó que el *saltito* iba a ser tan largo.

Pero las cosas no le han ido como soñó cuando dejó a los suyos.



CALAFELL TENÍA QUE SER UNA ESTACIÓN DE TRÁNSITO,

pero se ha convertido en la de término. Mamadou ahora ya tiene 51 años. No sueña con irse más al norte, sino con volver al sur, pero no quería hacerlo con las manos vacías. Sería una derrota, peor aún, una vergüenza. Después de tanto sacrificio no quería volver como se fue [*Ahora hablo con el verbo en cursiva y en tiempo de pasado*]. Nos explica que volverá este año, pero no sé si creerlo, lo mismo decía el pasado año, y el anterior. No me lo ha dicho, pero probablemente no pueda volver nunca a su país, y tiene ganas locas de hacerlo, pero antes tiene que haber ahorrado lo suficiente como para poder montar un negocio, y ese dinero no lo tiene por culpa de la transferencia mensual para alimentar a las nueve bocas que dejó en casa y ahora también al celo policial.

Mamadou tiene una memoria prodigiosa. Si no tiene una talla o un color *no problem*, lo anota en la cabeza y al otro día te lo trae. Si no tienes dine-

ro, lo mismo: *no problem*. Te lo fía y pasará al otro día. Si en el grupo de amigos de la playa falla alguien, pregunta por él, le interesa saber si está bien. Vamos, que pasa lista, conoce nuestros nombres, aunque no todos seamos clientes. No sólo es interés. Es un buen observador, y además busca afecto. *Los negros también necesitan afecto*. Es una debilidad humana.

Mamadou sólo ha fallado los días en que le han confiscado la mochila. Pero al día siguiente aparece con su nueva mochila, sus gafas de intelectual y la sonrisa dibujada de forma permanente en su cara*.

ESTE MES DE VERANO LOS MUSULMANES

han celebrado el Ramadán, Mamadou es musulmán. Desayuna-comes-cena al atardecer, cuando acaba su jornada laboral a las nueve. Es cuando a la playa llegan los pescadores-domingueros y los más rezagados playeros dejan su paraíso de arena y mar hasta el próximo día. A los cinco de la mañana se bebe el único vaso de agua que tomará durante todo el día. Esas gotas de sudor que le caen por la frente a esta hora criminal de las dos de la tarde deben ser las últimas gotas del vaso que se ha bebido de madrugada. Le pregunto que por qué lo hace, y me mira con cara extraña y me responde con un convencimiento que como creyente envidio:

—*el Ramadán lo sigo desde que tenía cinco años, y me fortalece física y espiritualmente...* Y luego explica que el futuro del mundo está en África, y que él quiere volver a su país para vivir ese futuro. Lo explica convencido, aunque no sé si con más fe que esperanza, o más esperanza que fe.

Y mientras Mamadou recogía la mochila, se despedía con la mano extendida y su sonrisa natural, y continuaba su recorrido de cada día, a las dos de la tarde bajo el termómetro imaginario señalando los 50° del infierno, me acordé de la conversación que había tenido cinco minutos antes que irrumpiera nuestro *negrito* de la playa, con un matrimonio de funcionarios, lamentándose de que este año les habían quitado la paga de Navidad.

—*¿La paga de Navidad?*

Mamadou no sabe lo que es la paga de Navidad. *

Ver el viernes, 24 en el Diario de Agosto, porque la historia tiene un brusco giro..